

ELOGIOS ACADEMICOS

Jubileo profesional de los académicos doctores Antonio A. Loaeza y Emilio del Raso y Prof. Juan Manuel Noriega

I. Discurso del Dr. ALFONSO PRUNEDA,*
Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

Para los individuos, las familias y la sociedad en general, la celebración de los aniversarios tiene siempre particular significación. Nos agrada recordar o que nos recuerden el día en que nacimos; nos apena hacer memoria de la fecha en que desaparecieron del mundo los seres queridos; también nos complace celebrar el día en que formamos un hogar y aquel en que fueron surgiendo sus pequeños componentes; de igual modo, nos regocijamos cuando cumplen años las personas con quienes nos ligan lazos de verdadera amistad. Y es que el hombre siempre se ha complacido en recordar lo que le es placentero y se entristece cuando rememora sucesos penosos.

De idéntica manera, la Comunidad tiene presentes sus aniversarios gloriosos o las fechas que en otros tiempos le produjeron sufrimiento. Por eso celebramos el aniversario de la proclamación de nuestra Independencia y deberíamos celebrar con igual regocijo el de la consumación de nuestra emancipación política. Las calles de México se adornan con nuestras banderas el 5 de mayo y el 20 de noviembre; y nuestro pabellón flota a media asta cuando recordamos la muerte de Benito Juárez y de Francisco Madero. En todas estas circunstancias el pueblo se regocija o se duele de fastos que le dieron gloria o que le produjeron sufrimiento.

Por eso también nuestras agrupaciones, y me refiero ahora especialmente a las de carácter científico como nuestra Academia, especialmente en los últimos tiempos, han venido recordando y celebrando el aniversario de su fundación, como lo hacemos al iniciar nuestros años académicos, como lo hicimos con toda solemnidad en 1939 al cumplir nuestra Corporación 75 años y como lo estamos haciendo ahora, aunque sencillamente, al tener presente que dentro de cuatro días hará 80 años de haber principiado sus labores la Sección de Medicina de la Comisión Científica, a la que se viene considerando desde entonces como la iniciación de la Academia. Así fueron celebrados en 1933 el centenario de la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y el de la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas, después Escuela Nacional de Medicina, asociando jubilosos a esa celebración el nombre ilustre

* Leído en la sesión del 26 de abril de 1944.

del preclaro repúblico doctor don Valentín Gómez Farias. También nuestras agrupaciones médicas recordaron en los últimos años el cincuentenario del descubrimiento del bacilo de Koch, el del descubrimiento de los rayos X por Roentgen, el del radio por los esposos Curie, el centenario del gran anatómico Andrés Vesalio y algunos otros hechos salientes en la historia de las ciencias y especialmente de la medicina.

Pero ahora, la Academia Nacional de Medicina, que el año anterior se asoció gustosa a la celebración de las bodas de oro profesionales de muy distinguidos colegas, entre ellos los doctores Gonzalo Castañeda y Juan Velázquez Uriarte, ahora también está de fiesta, no sólo porque estamos conmemorando, aunque con sencillez, los ochenta años de vida de nuestra Compañía, sino especialmente porque estamos rindiendo homenaje a tres académicos también muy distinguidos, los doctores Antonio A. Loeza y Emilio del Raso y el profesor Juan Manuel Noriega, que en estos días han cumplido igualmente cincuenta años de haber obtenido su título profesional.

El doctor Antonio Arturo Loeza, natural de Durango, hizo sus estudios primarios y algunos preparatorios en aquella ciudad, completando los segundos en nuestra Escuela Nacional Preparatoria. Los de medicina los llevó a cabo en la Escuela Nacional de Medicina, sustentando examen profesional los días 6 y 7 de abril de 1894. En abril de 1898 sostuvo oposición para el cargo de jefe de clínica interna, obteniendo mención honorífica; cuatro años después tomó parte en otro concurso para el puesto de profesor, ganando la plaza. En 1889 ingresó como practicante en el Hospital de San Andrés; después fué médico del mismo y del Hospital General y más tarde de los consultorios públicos, habiendo prestado servicios en la Beneficencia, más tarde Secretaría de Asistencia, durante cincuenta años. Perteneció al extinto Instituto Médico Nacional, como jefe de la sección de climatología. En tres ocasiones desempeñó comisiones de estudio en el extranjero. Actualmente, es profesor honorario de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y jefe de la sección de fisioterapia en el Hospital de los Ferrocarriles. Ha sido miembro de diversas sociedades médicas, entre ellas la Academia Nacional de Medicina, que se complace en contarle entre sus socios desde el 11 de julio de 1906. En ella desempeñó el cargo de secretario de 1909 a 1910 y desde el 11 de junio de 1930 es socio titular. Desde el principio de su carrera se dedicó a la medicina interna, especialmente a las enfermedades del aparato digestivo y del sistema nervioso, sobre las que ha escrito numerosos trabajos, algunos de los cuales están publicados en la "Gaceta Médica de México".

El doctor Emilio del Raso nació en esta capital el 14 de mayo de 1869. Hizo sus estudios preparatorios en la Escuela Nacional Preparatoria y los profesionales en la Escuela Nacional de Medicina. Obtuvo el título de químico farmacéutico en febrero de 1890 y el de médico cirujano el 29 de marzo de 1894. Al principio de su carrera docente fué preparador de química biológica en la Escuela Nacional de Medicina; un poco más tarde fué designado, previa oposición, profesor adjunto de la misma materia, y en 1899 profesor titular, cargo que desempeñó cerca de cuarenta años. Por algún tiempo fué quí-

mico legista y después químico del Instituto Patológico Nacional; desde 1903 a la fecha es químico del Departamento de Salubridad, ahora Secretaría de Salubridad y Asistencia. Pertenece a varias corporaciones médicas, entre ellas nuestra Academia, a la que ingresó el 19 de enero de 1910 y en la que es socio titular desde el 18 de julio de 1934. Se le deben diversos trabajos sobre clínica de laboratorio y sobre química, que corren publicados en periódicos científicos, entre ellos el órgano de la Academia.

El profesor Juan Manuel Noriega nació en la ciudad de Querétaro el 6 de mayo de 1869. Inició en ella sus estudios preparatorios y los concluyó en nuestra Escuela Nacional Preparatoria. En 1891 ingresó en la Escuela Nacional de Medicina, donde cursó cuatro años de la carrera de médico y en la que obtuvo el título de farmacéutico el 1o. de abril de 1894. En junio del año siguiente fué nombrado preparador interino de análisis químico en la misma Escuela; posteriormente fué preparador propietario, preparador y profesor de química médica, y en 1901, previa oposición, recibió el nombramiento de profesor de historia de las drogas que desempeñó hasta 1926. Ha tenido otros cargos docentes en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela de Industrias Químicas, en la Escuela de Salubridad y en la Facultad de Ciencias Químicas, de la que fué director por tres años. Prestó igualmente servicios en el Hospital de San Andrés, en el Instituto Médico Nacional y en la Dirección de Estudios Biológicos; en el Departamento de Industrias de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, y en el antiguo Departamento de Salubridad Pública, en el que fué vocal de química y farmacia. Es autor de numerosos trabajos sobre química, farmacia, historia natural e historia de las drogas. Ha escrito también obras sobre historia de las drogas y sobre farmacia galénica, que han servido de texto y tomó parte activa en varias ediciones de la Farmacopea Mexicana. Es actualmente profesor honorario de la Facultad de Ciencias Químicas. Pertenece a diversas sociedades científicas, entre ellas esta Academia Nacional de Medicina, a la que ingresó el 7 de julio de 1920 y en la que es socio titular desde el 15 de enero de 1936.

El jubileo profesional de estos tres distinguidos y apreciados colegas no ha tenido el brillo de otras celebraciones semejantes. Su modestia, y también el olvido de las instituciones que han honrado con su labor, han hecho que los cincuenta años de su carrera hayan sido celebrados solamente por sus respetables familias y sus amigos más íntimos, dando a estas celebraciones un carácter de sinceridad y de cordialidad que no siempre tienen las que se hacen en forma distinta. Este acto, sencillo en su desarrollo, pero solemne por su significación y porque se han asociado a él diversas agrupaciones científicas aquí representadas, reúne a los académicos en este Salón de Actos, donde se desenvuelven nuestras habituales labores, al amparo vigilante de las venerables figuras de nuestros antecesores, en torno de tres destacadas figuras de la ciencia y de la educación en México. Y no es una simple coincidencia o un simple arreglo de economía de tiempo los que han dado lugar a este homenaje colectivo. Nuestros muy apreciados colegas, cuyos datos biográficos más salientes he recordado antes, tienen muchos puntos de contacto, que los hacen

aparecer como auténticos representantes del profesionista mexicano digno de ese nombre.

Los tres, de honorable ascendencia, son jefes de familias igualmente honorables, en las que hay jóvenes profesionistas, herederos de las cualidades de sus progenitores. Como estudiantes, se distinguieron entre sus compañeros y es agradable recordar que los tres obtuvieron el ansiado título profesional, con algunos días de intervalo, en la primavera de 1894, es decir, en estos días hacen cincuenta años. Ya titulados, es interesante hacer notar que los tres se proponen ingresar a la docencia, se resuelven a afrontar los riesgos de las antiguas oposiciones, las ganan merecidamente y durante muchos años honran sus cátedras, en diversos establecimientos docentes, contando cada uno por centenares, y quizás por millares el número de sus alumnos, que recibieron de ellos provechosas enseñanzas y nobles ejemplos, y de los que seguramente algunos están ahora ejerciendo también la honrosa profesión del magisterio.

Como se trataba de profesionistas honorables y competentes, fué natural que fueran requeridos sus servicios para otras instituciones en que tuvieron oportunidad de poner en juego sus conocimientos y sus cualidades. Por eso (otra feliz coincidencia), el doctor Loeza y el profesor Noriega formaron parte del Instituto Médico Nacional, el mismo profesor Noriega y el doctor del Raso pertenecieron al Instituto Patológico Nacional; y también los dos al extinto Departamento de Salubridad Pública. En aquellos institutos, de valioso historial en la investigación médica mexicana y en aquel Departamento, donde se cuidaba la salud del pueblo, nuestros tres colegas pusieron al servicio de la ciencia y de la comunidad las dotes que les han caracterizado. Todavía, lo he dicho ya, pudieron prestar servicios en otras instituciones, siempre relacionadas con el bien público; y, como era natural, creyeron indispensable completar su vida profesional colaborando en el progreso de diversas agrupaciones científicas, entre ellas nuestra Academia Nacional de Medicina, que siempre ha tenido particular estimación por ellos y que se honra conservando en su Gaceta muchas de las producciones científicas de los que ahora son, merecidamente, sus socios titulares.

Ilustres y muy apreciados colegas: La Academia Nacional de Medicina, lo he dicho ya, se encuentra ahora de fiesta; se complace en que nos acompañen en esta singular ocasión representantes de diversas corporaciones científicas, que así han querido asociarse a esta manifestación; se honra en tener entre nosotros a miembros de las muy respetables familias de ustedes a quienes saluda con afectuosa atención; y, por la voz de su Secretario Perpetuo, que en pocas ocasiones ha disfrutado de este privilegio con igual satisfacción, rinde a ustedes sincero y cordial homenaje con motivo de su jubileo profesional. Con él ha querido reconocer el valor de la obra realizada por ustedes en la cátedra, en el ejercicio de su profesión y en el seno de la Sociedad; ha querido también hacer resaltar lo que han significado y significarán todavía unas vidas singularmente honorables y sin tacha, como las de ustedes; y se ha pro-

puesto igualmente dar oportunidad a que las mismas sean públicamente reconocidas y apreciadas con justicia, y que sirvan de ejemplo a los profesionistas jóvenes y a los jóvenes estudiantes que también nos acompañan en esta fiesta.

!!!Que la existencia de ustedes, luminosa y fecunda, se prolongue por muchos años, para bien de todos, para satisfacción de esta Academia Nacional de Medicina y para honra de nuestro México!!!

II. Alocución del Dr. EMILIO DEL RASO,*

Académico titular.

Más que a méritos propios, opino que la muy honrosa manifestación que hoy hace la H. Academia de Medicina, celebrando el aniversario de mi recepción profesional, es debida sobre todo a la benevolencia y al afecto cariñoso de quienes recibieron de mí, no luces para su ingenio, ni ejemplo de propias virtudes, ni siquiera frutos maduros de la ciencia; sino sólo la simiente, que recogida afanosamente en los campos de Minerva, deposité en sus jóvenes y fértiles cerebros.

No por esto es menor mi gratitud, al contrario; pues mientras menos merecida es la distinción, más obliga al agradecimiento.

Sin embargo, creo advertir que el homenaje no sólo es debido a la avanzada edad de un hombre. En mi deseo de hacerme digno de aquél, supongo que estos hombres sabios y buenos que son los académicos, mis ilustres colegas, han supuesto que mi labor profesional en estos 50 años cumplidos, se ha ajustado a las normas de seriedad que aquí imperan; y a este respecto me siento obligado a decir que en mi carácter de servidor de la Ciencia, procuré hacerme merecedor de ese título tanpreciado, y que la herencia de virtud y de honradez que recibí de mis ancestros: padres o maestros, he pugnado por mantenerla incólume, para transmitirla a mis descendientes: hijos o discípulos.

Y si triste es observar hoy la ausencia de tantos mentores venerables que refulgían en esta mansión hace medio siglo; de tantos otros queridos compañeros que aquí trabajaron con brillo por diez lustros; en cambio es placentero ver en estos sitios a las nuevas generaciones que en nada desmerecen de las otras, antes bien presentan ufanas las flores que los otros sembraron, y conservan vivo, como las Vestales, el fuego sagrado.

Hago a ustedes presente mi profundo agradecimiento por este homenaje, que si bien a mí mucho me honra, más enaltece a ustedes, pues más glorioso es conceder el honor que recibirlo.

* Leída en la sesión del 16 de abril de 1944, en que se celebró el Jubileo Profesional de los Drs. Loaeza y del Raso y del Prof. Noriega.

III. Alocución del Dr. GONZALO CASTAÑEDA,*

Académico titular.

En estos últimos días los médicos hemos presenciado de cerca acontecimientos gratos, honrosos y significativos; gratos, porque nos trajeron placer y satisfacción, honrosos, porque dignifican nuestra personalidad y significativos porque levantan nuestra profesión; aludo al Congreso del Niño y al Instituto N. de Cardiología; obras de notorio progreso en que ha estado presente la Academia, movimiento científico de avance en que han figurado por delante, académicos, y elocuente fenómeno, en su creación se ha sentido el empuje de una generación fuerte que intensifica la vida intelectual de México. El Hospital del Niño es un monumento animado que habla el idioma de la ciencia, en su ámbito hay idea y acción, esa casa será taller para forjar la pediatría del porvenir. El Instituto de Cardiología, flamante institución, nació como príncipe entre dianas y salvas, ya se le mira como gloria nacional, y como muestra de lo que es capaz un pensamiento y una voluntad.

Otro acto reciente fué el de intercambio con médicos extranjeros que tuvo lugar en el recinto mismo de la Academia; en sesiones especiales recibió a aquellos ilustres hombres que nos acompañaron en tan memorables días trayéndonos su saber y simpatía, esta acción nos enaltece, quiere decir que esta A. N. de M. estima y justiprecia todo valor, aunque venga de otra sangre y confesión; dar un asiento, conceder la palabra en este templo es consagración; conduciéndose así, evoluciona, se prestigia, dilata su horizonte buscando allende refuerzo en el pensar, trueque en el sentir; la Academia no se retarda, vive en nivel laborando acorde con las oscilaciones del tiempo, se renueva y transforma al traer a sus sitios miembros con moderna ideación; nuestra corporación es ya octogenaria pero no ha envejecido en la Medicina, se trasfunde juventud con ciencia nueva.

La Academia en su vida de relación se ensancha, en su actividad interna se retoca y perfecciona, en lo íntimo y sugestivo hay altura y nobleza, no se fatiga, en su esfuerzo y camino en pos de la ciencia ha entrado el civismo porque labora para la Patria, se ha humanizado además, porque también ya mira al hombre, no le falta esa ánima supra-sensible de la vida que engendra el amor, a las vibraciones del cerebro responden trémulos del corazón.

En verdad, la austeridad del estudio no ha hecho a la Academia fría y empedernida, la conmueve y abate todo lo infausto que pasa en su seno, cuando algún miembro sufre le manda su consuelo, si alguno desaparece guarda silencio y se entristece; en contraste, se anima en los días grandes de sus socios, en los aniversarios rinde agasajo y pleitesía, en suma, el diploma de académico se adorna con la flor de la ajena felicidad. Hay hermosas efemérides

* Leída en la sesión del 26 de abril de 1944 en que se celebró el Jubileo Profesional de los Drs. Loaeza y del Raso y del Prof. Noriega.

en su historia, la Academia un día no fué indiferente y pasiva cuando Juan Velázquez Uriarte y Gonzalo Castañeda cumplieron sus bodas de oro profesionales, oyeron un aplauso y un panegírico; en otras ocasiones en actos solemnes ha llevado a la galería de honor los retratos de sus presidentes muertos, recuerda a los antepasados, hace semblanzas, premia el mérito. Ayer, que se nos fué sin despedida el caro compañero Rafael Silva, la voz oficial de nuestro secretario perpetuo llevó a su sepelio nuestro pesar, que no se mitiga todavía; Rafael Silva fué mi amigo toda la vida, me subió a su altura y me hablaba de tú, fué un gran mexicano.

La Academia N. de Medicina esta noche, en una pausa de su vida mental, pasa unas horas en su mundo moral y se entrega con complacencia a festejar el cincuentenario médico de los académicos Antonio Loaeza, Emilio del Raso y Juan Manuel Noriega; en esta hermosa fecha les dedica su pensamiento, les muestra su afecto y celebra su presencia en la vida, esta no es sólo una apoteosis a la longevidad, es también confraternidad y homenaje al mérito; la Academia dedica esta sesión no por fórmula o cortesanía sino por justicia y convicción.

Cuando por medio siglo se ha cumplido en la dura brega de la carrera médica, y se ha recorrido tan escabrosa senda sin caer, se ha triunfado; Uds., Loaeza, Noriega y Raso, no vivieron en la obscuridad, les dió la luz y triunfaron.

Yo no pude callar esta vez porque el nombre y la presencia de Uds. me conmueve, evoca recuerdos de mi juventud escolar; hace más de medio siglo que cerca de las aulas nos unió el afecto y una aspiración. Yo en la Preparatoria era líder; en una elección para representante de la Escuela al Congreso de Estudiantes, Antonio fué mi candidato; era un joven serio, guapo y rozagante; en mis años difíciles en la Escuela de Medicina, Juan Manuel me llevó a dar consulta a su botica allá por el rumbo de la Merced; cuando conocí a Emilio su nombre me atrajo y simpatizó porque en un Colegio de Cuernavaca había estudiado teneduría de libros en un texto que escribió su padre Don Bernardino. Mi comunidad con los hombres de este jubileo profesional arrancó en nuestros años juveniles, y sin choques en los años de la lucha y la pasión llegó incólume a nuestra edad mayor, que es de reposo y conformidad.

El influjo, el peso de un hombre se pondera por lo que es, su mérito y valer, por lo que fué; ustedes Señores, los elegidos de una alta voluntad tienen un pasado honroso, académico y docente, su actuación médica dió fruto, su vida profesional fué honesta; llevan ya la cabeza blanca y ajado el semblante, pero los circunda el respeto.

Felicito a la Academia porque no olvidó que Ustedes existen; felicito a Uds. porque han vivido; llévense al hogar nuestros parabienes y un ósculo de paz.